

Pregón de la Semana Santa CARTAGENA 1989

Carlos Ferrándiz Araújo



CARLOS FERRANDIZ ARAUJO

ENSUEÑO EPIDICTICO DE UN PUEBLO
Pregón de la Semana Santa

CARTAGENA. 1989

Publicación patrocinada por la
Caja de Ahorros del Mediterráneo



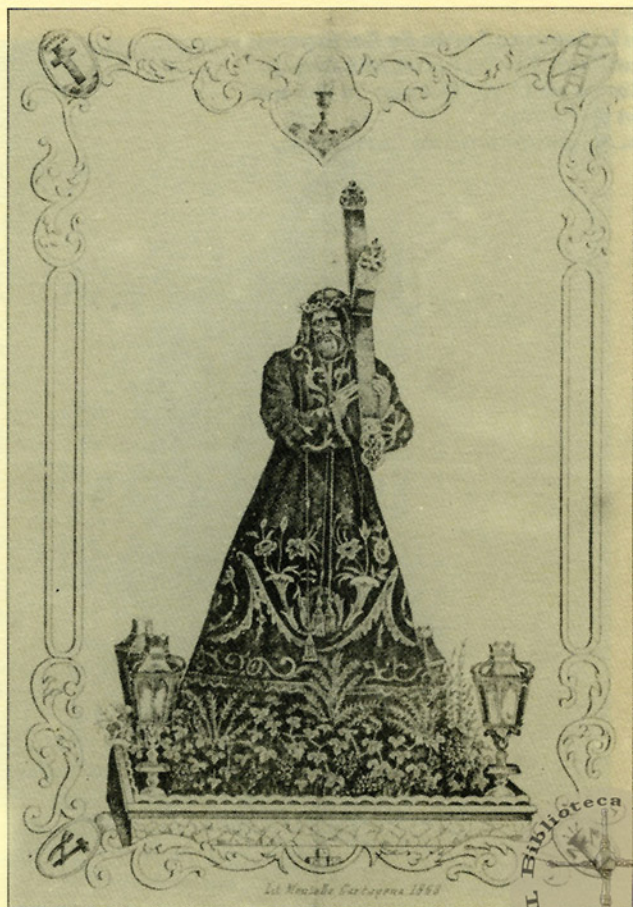


**Pregón de la Semana Santa de Cartagena
pronunciado por Carlos Ferrándiz Araújo
el 17 de Marzo de 1989, Viernes de Dolores
en el Salón de Plenos
del Excmo. Ayuntamiento de Cartagena.**

*A los que con su entusiasmo,
generosidad y entrega hacen posi-
ble para muchos las procesiones
de Semana Santa en Cartagena,
historia muchos decenios repeti-
da, pero siempre nueva y asom-
brosa.*

CARLOS FERRANDIZ







e buena razón, excelentísimas e ilustrísimas autoridades, señoras y señores, mis buenas gentes de Cartagena, de buena razón lo mejor que haría yo sería enmudecer.

Y sería enmudecer, porque me consta que habéis puesto demasiadas esperanzas en el pregonero, y no hay peor desilusión que defraudar la confianza depositada en alguien. Y es que, —he de confesarlo—, no soy tan seguro, ni tan fuerte como parezco.

Al recordar las personalidades que en esta tribuna me precedieron, mi voz siento quebrarse ¿qué no os habrán dicho ya los maestros de la palabra, los poetas eximios, los profesionales del periodismo y tantos otros?.

¿Qué os puede decir un médico que, día tras día, disecciona la dura realidad del cuerpo humano enfermo recibiendo tangiblemente nuestras miserias, tan en contrapunto a las bellísimas confidencias que del infinito recibieron los genios y los grandes oradores?.

Yo, solo soy, uno de vosotros; puesta la mirada en nuestra tierra y en nuestras raíces, con una profunda fe en Cartagena y en su Semana Santa; que os habla en la intimidad de la convivencia diaria, amándoos más y requiebrándoos menos. Yo emierjo de entre vosotros, del pueblo cartagenero, que no necesita que le digan lo que es el sol, nuestro inseparable amigo, porque el sol a raudales bañó mi cuna y vuestra cuna.

Cuando nuestro alcalde, en el tiempo de Quincuagésima, me comunicó personalmente la designación como pregonero oficial de nuestra Semana Santa a instancias de la Junta de Cofradías, —lo que agradezco y me honra en extremo—, quedé desorientado por unos instantes; instantes en los que pasaron vertiginosamente por mi mente: Cartagena, las procesio-



nes y una agenda repleta de trabajo. Balbuceante, incluso me atreví a preguntarle qué día era el pregón, ya inconscientemente entonces a fin de ganar tiempo, para ser más que nunca ¡traperero del tiempo! –como gustaba decir a Marañón–, porque intuía que sino, sólo un milagro lo iba a hacer posible. El milagro del amor por la tierra propia.

Y, héme aquí, de viaje, –viaje también al espíritu que es el PREGON–, trazando ya las líneas de lo que podría ser, de lo que ahora es, ya el PREGON.

Tras la rejería de una ventana del Café de Oriente de Madrid, entre espejos y terciopelos, bajo el suave murmullo de múltiples conversaciones, comienza a gestarse este PREGON de Semana Santa, puesto el corazón en Cartagena y el alma en sus procesiones, absorto en la grandiosidad de su arte y de su religiosidad.

Con los chopos desnudos y los magnolios arropados, bajo la rojiza luz de la puesta de sol invernal, con el palacio real al fondo, el que el rey Carlos III –también alcalde de Cartagena–, terminó y habitó, no podía el pregonero imaginarse coreografía más adecuada para tal menester.

No es la primera vez que una pieza literaria se pergeña en un café: recordemos las obras de González Ruano, las tertulias del café Pombo o del Café Gijón, e incluso la presentación que desde este último escribí de la *Colección Retrospectiva de Cartagena*, de Zarco Avellaneda.

En este ambiente borbónico, el PREGON va tomando forma, mientras que el pregonero tiene todavía fresco en su retina el tapiz que acaba de contemplar en Palacio representando la *Conquista de Cartagena por los romanos*.

Al llegar Escipión a Cartagena, y tras tomarla por tierra y mar, se estremeció y emocionó ante la petición de la esposa de Mandonio para que protegiese a las doncellas rehenes. Desde este momento, Escipión quedó conquistado por Cartagena.

Yo, también hoy, me siento estremecido y emocionado recordando y salvaguardando con mi PREGON las tradiciones de mi tierra, y en concreto una de las de más belleza y estética: la de su Semana Santa. ¡Hace mucho tiempo que yo, también, quedé conquistado por Cartagena!

Sea pues, mi primer saludo para la madre Cartagena, en las horas solemnes de su plenitud vital.



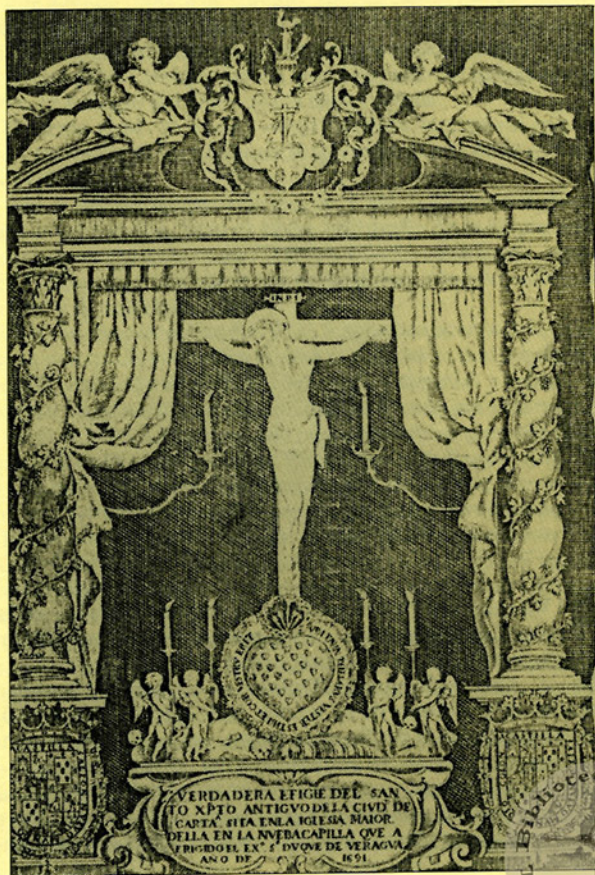


El Viernes de Dolores es el día del año más grande y entrañable para Cartagena y los cartageneros. Y una ocasión propicia para cartagener «un poco, —o un mucho—.

Hoy, es Viernes de Dolores en Cartagena, cuando el pueblo celebra los siete dolores de su madre, la Virgen de la Caridad. Ella, junto con las procesiones de Semana Santa, posee el don de aglutinar, aunque sea por una sola vez, al cartagenero tan individualista.

Así pues, unidos todos esta mañana en las Casas Consistoriales del pueblo de Cartagena, me dispongo a pregonar por derecho y a los cuatro puntos de la rosa de los vientos, mecido en el eco de nuestras cinco colonas, la Semana Grande Cartagenera.







ada vez, gusto más de estos actos, en apariencia llenos de tópicos, que parecen forzados y han perdido novedad, pero que nos atraen con fuerza –como decía Unamuno en un memorable discurso en nuestra ciudad en el año 1902– a los que tratamos de *hacer nuevo el sol de cada día y de la vida una creación continua*. Y sobretodo, actualmente, cuando una nebulosa se cierne sobre los valores del espíritu bajo un solapado barniz de progresismo. Por ello, agradezco profundamente más si cabe, la ocasión que se me brinda para exponeros mis ideas, mis pensamientos, y mis sentimientos, avalados en mi caso únicamente por la condición de nacer y vivir en Cartagena y de ejercer siempre de cartagenero.

Cuanto más se profundiza en la investigación del comienzo de nuestros pregones, sus raíces se confunden en tiempos pasados siempre unidas a lo sagrado, encontrándonos con lo que en antropología se conoce como *mitos de origen*.

Antiguamente, en Cartagena, el pregón de la Semana Santa se hacía en lo alto de la Puerta de la Villa y, en vez del hombre, –como hoy–, hablaban con brío treinta o cuarenta tambores, atalabes y tamboras, felizmente rescatados este año, en honor de un rey que fue californio y cuyo bicentenario todavía celebramos: Carlos de Borbón y Farnesio.

Ojalá tuviese yo el lenguaje de los tambores, con sus distintos toques y me pudiese comunicar tal y como cada uno de vosotros entendéis nuestra Semana Santa.

Ojalá tuviese yo miel en los labios y fuerza en el corazón, para cantar



a Cartagena y a su forma de *echar* las procesiones a la calle; y cantar, cantar actualizando el significado del mensaje de la Pasión, a fin de avanzar en el conocimiento y reconocimiento de Jesucristo.

Ojalá tuviese yo, en fin, la elocuencia de nuestro San Isidoro, que estando en su cuna, en la casa de la Puerta de la Villa, se le posó un enjambre de abejas sobre la cabeza –como dice Ambrosio de Morales– anunciando ya de temprano la dulzura de su dicción.

Pero... ¿quién puede coger el alma, la personalidad inaprensible de una ciudad como la nuestra, en sus manifestaciones más puras y divinas, y mostrarlas aquí, como si fuera una instantánea?. ¡Nadie!.

Quizás, solo los ángeles serían capaces de hacerlo, de hacer un PREGON que gustase a todos. Y pienso que todavía habría algunos cartageneros a los que le supiese a poco.

Por eso, yo, esta mañana aquí, sin ser orador, os voy a hablar abónico, casi susurrando, como en Cartagena se habla a la madre, a la esposa, a los hijos, a los amigos íntimos; como se dicen las cosas más queridas.

Desgranando en vuestras almas mis palabras, que no son palabras sin destino, o con destino anónimo, sino palabras para todos y cada uno de vosotros. Palabras de amor, porque la palabra sin amor es un abuso del lenguaje. Amor que me sale de los redañes del alma.

Sin ser orador he aceptado pronunciar este PREGON, porque creo que para hablar de Cartagena y de su Semana Santa no hace falta serlo. ¡Qué bien hablan algunos cartageneros que apenas saben leer!. Y es, porque exteriorizan su alma, sus anhelos, sus sentimientos sinceramente. Y al querer bien algo, bien lo saben decir. ¡Yo quiero tanto a Cartagena y a sus tradiciones, que creo voy a encontrar, con vuestra benevolencia, la forma de expresarlo!.





Intentar aprehender, constreñir lo que es la Semana Santa de Cartagena en un PREGON es una utopía. ¡Es tan variada, tan copiosa, tan densa, que es imposible!. Cabe enfocarla desde múltiples facetas: histórica, antropológica, sociológica, teológica... y, yo, como hombre de ciencia estoy obligado a enunciar una hipótesis y terminar en una tesis; más para un acto como el de hoy, me vais a permitir que –sin perder dicha guía y norte– deje, por una vez, los términos científicos y hable, con el corazón, de mi tierra, ¡de nuestra tierra!.

Tiempo y lugar habrá para exégesis y críticas, mesas redondas y simposios, jornadas y congresos. Más, hoy, el PREGON es y debe ser *otra cosa*. Tratemos de descubrir la belleza de nuestras cosas sencillas; y, todas ellas y Cartagena entera, harán nuestro PREGON.

Siendo Cartagena y su Semana Santa igual para todos, existe una Semana Santa distinta para cada cartagenero, los niños ven una Semana Santa de granaderos y *judíos*, de palmas y olivos, de campanillas, trompetas y tambores; las mujeres ven una Semana Santa de arreglos y mimos hacia los vestuarios de sus maridos, novios, padres e hijos, y de más unción, trabajo y sacrificio, de prisas y desvelos; los ancianos ven una Semana Santa de nostalgias y recuerdos, de profunda fe; los forasteros ven una Semana Santa de esplendor y barroquismo, entre atónitos y éxtasiados; los intelectuales ven una Semana Santa en la que en el cielo de Cartagena, se refleja el cielo de Judea; en sus palmeras de la calle Real, con sus dafles de la *nueva ciudad nueva* de nuestros antepasados árabes, las palmas de Jerusalén; en el mar que entra por nuestra bocana –el antiguo puerto nu-



mantino— el lago Tiberiades.

Desde estas y otras distintas visiones, los temas de nuestra Semana Santa adquieren todavía un mayor abanico de posibilidades, cada una de ellas dignas de un PREGON. Desde temas tan severos y unamunianos, como el del cartagenero ante la muerte; o tan atrayentes y subyugadores, como el del misterio del drama sacro que vive Cartagena recibiendo, al paso de sus tronos, el mensaje evangélico; hasta el estético y bello del arte hecho amor en la marcialidad de nuestros tercios.





Para comprender mejor a nuestra Semana Grande es necesario comprender al cartagenero, lo que no es siempre fácil.

Realmente el cartagenero, sedimento de tantas culturas que entraron por el mar de la civilización, es de difícil definición al aglutinarse en su personalidad rasgos muy diferentes de todas aquellas.

El cartagenero es generoso y caritativo; individualista y escéptico; ingenioso y orgulloso; hospitalario y barroco; sociable y liberal.

El cartagenero siente debilidad por su Semana Santa que constituye su gran fiesta; la manifestación externa de su ser y comprender.

Ya lo dijo Miguel de Unamuno: *¡Sois unos niños levantinos, os ahoga la estética!*. Y el triunfo de nuestra estética son nuestras procesiones que perduran siglos y siglos, pero porque al fenómeno estético le sostiene el sólido pilar de la fe.

El compendio de su sol radiante, de sus días diáfanos, de su mucho hablar, de su arraigo por la tierra, en suma, de su barroquismo exagerado. ¿Cómo quieren algunos, pues, que se descarguen las procesiones, que se aligeren?. ¡Eso es no conocer la personalidad del cartagenero!. Y sobre todo cuando sabe que con ellas traspasa las fronteras regionales. ¡Son su legítimo orgullo!.

El cartagenero es sobretodo marrajo o californio. El cartagenero es procesionista desde el mismo momento de su nacimiento siendo inscrito en una cofradía al tiempo que en el registro civil. El cartagenero, en definitiva, es otro, se transforma en su Semana Grande. Se sale fuera de sí. ¡Se disloca!.



Pero este cartagenero no es solo el del casco antiguo y el de Tentegorra, es el cartagenero que confiere sus rasgos personales a la ciudad, en lo bueno y en lo malo. Es el cartagenero de Lo Campano y del Bohío, de Los Barreros y Torreciega, de La Azohía y de Pozo Estrecho, del Llano y de La Aparecida.

Podemos tener nuestras diferencias en política, en cultura, en religión, en cualquier ámbito, pero tendemos hacia la caridad, la caridad vernácula de nuestra tierra, y con ella al amor porque bien sabemos que sin amor no somos nada, y nada nos sirve.

Cartageneros que han sido, son y serán, porque a Cartagena nadie la puede monopolizar.





a Semana Santa, ese *cuajo* de emoción –como la definía Eugenio D'ors– comienza en Cartagena no el Domingo de Ramos sino el mismo Miércoles de Ceniza con la tradicional *llamada*.

Sin *llamada* no hay procesiones en Cartagena. Es un día procesionista sencillo, pero grande a la vez. El cartagenero despierta de su letargo, de su apatía por lo suyo, por sus tradiciones y por su historia, y se dispone a prepararse con calma, con parsimonia, pero sin pausa. Y ello es debido al esfuerzo de un grupo de conciudadanos, de procesionistas, que son germen y levadura de algo que va a crecer, que crece cada día más. Ellos mantienen encendido el fuego sagrado de la iniciativa, del sacrificio, del trabajo, en pro de la semana más santa de todas las del año.

Durante toda la cuaresma Cartagena es otra. Diferente, bulliciosa, inquieta. Reuniones y cabildos, salves y misereres, presentaciones de libros y conciertos, se combinan con pasacalles de *judíos* y granaderos; entrega de vestuarios y traslados de tronos; nombramientos de comisarios, mayordomos y consiliarios.

Pórtico solemne para las procesiones, para las procesiones más grandiosas que España celebra. Las que reúnen, casi en orden cronológico, todos los momentos de la Pasión.





ero qué es Cartagena?. ¿Cuál fue tu patria, cartagenero?. Carthón, la legendaria Carthón. Esta fue Cartagena, fundada por la reina Dido. La que luego se conoció con el nombre ibérico de Mastia, cabeza de los mastienos; y, más tarde, levantada por Asdrúbal con el nombre griego de Karchedón Nea, traducido del nombre púnico original Qart Hadaschat.

Esta fue Cartago Nova, en la que se funda España, la capital al mismo tiempo que la nación. La que navega el mediterráneo antes que Aragón. La que adquiere libertades y fueros antes que ningún pueblo de España. La que da a luz a los cuatro santos visigodos. La que lleva a la obra del Renacimiento las *Etimologías* de su hijo Isidoro, una de las lumbreras más grandes de todos los tiempos, muchos siglos antes que el enciclopedia apareciera en Francia. La que extiende su capitalidad por toda España cuando otros pueblos ni existían. La que atiende a la defensa marítima de España y a *fechos de allende el mar* con la *Orden Militar Marítima de Santa María de España* o la *Estrella*, fundad por Alfonso X El Sabio. La que da aliento a Hazín, el poeta del Islam; a Juan Fernández, el descubridor; a Juan de Cartagena, capitán decisivo en la expedición de Magallanes y Elcano.

De Cartagena es el actor más grande de todos los tiempos: Isidoro Maíquez, rozando lo sublime con la interpretación de su Otelio. Lasso de La Vega, el primer médico anatomopatólogo de España e introductor de la auscultación. El Marqués de Valmar, el brillante académico de la Len-



gua, aquél que dijera de la Virgen californica: flor brillante y colorada, gloria y luz de vergel.

De Cartagena es el científico hispanista, el científico más excelso, Marcos Jiménez de la Espada; el célebre médico liberal Benigno Risueño de Amador; el eximio poeta romántico, José Martínez Monroy; el inventor del submarino de guerra Isaac Peral; y tantos y tantos otros, que harían inagotable su enumeración.

Somos un pueblo de grandes contrastes, el crisol donde se han fundido las diversas culturas que nos han llegado por el mar mediterráneo. Pero, también, somos un pueblo que hemos sufrido múltiples y sistemáticas destrucciones, en función de nuestro esplendor, y ello nos ha llevado a un retraso secular. Abiertos al mar, hemos sido los primeros en aprehender lo nuevo, lo avanzado; pero también los últimos en abandonarlo, dejándonos en muchas ocasiones a nuestra suerte.

Ya en los siglos XV y XVI son célebres en todo el mundo: la cera, la pólvora, los dátiles y los brocados de Cartagena. De nuestro puerto se forman y arman potentes flotas, ya para la guerra de Nápoles, ya para la conquista de Orán; y en él, se constituyen, por primera vez, las compañías de *dragones* que luego se generalizarán en todos los ejércitos de Europa.

A Cartagena la reconocen noble y poderosa: Escipión, Santo Tomás y Vasco de Gama. A la *máxima sedes totius Hispanias*.

Y hoy, desgraciadamente, nuestro puerto, el puerto de la Región, no tiene un tráfico comercial deseable, si descartamos los crudos; nuestras industrias auxiliares están prácticamente desaparecidas como consecuencia de la depresión de los astilleros; las vías de comunicación nos dejan cada vez más aislados; la ciudad ha languidecido en su mediano y pequeño comercio, en sus casas ruinosas, en su infraestructura.

Hemos vivido los cartageneros sin preocuparnos del trasvase, cuando el agua ya estaba a las puertas de la ciudad, el agua esperada desde siglos. Y todavía, hoy, no sacamos a estas tierras ubérrimas, —comparables a las tierras negras de Ucrania, las más fértiles del mundo—, el provecho necesario. Y vivimos junto al mar, pero de espaldas al mar.

No podemos vivir aún los cartageneros instalados en nuestra grandeza pasada, en el período mítico y fabuloso pretérito, por mucho que nos éxtasie la historia.



No hay clima tan benigno como el nuestro para que fructifique la agricultura, puerto mejor situado para que se adelante en el comercio marítimo, situación geoestratégica más idónea para que se instalen complejas industrias; ni hay ingenio tan profundo, capacidad creativa y esfuerzo en el trabajo, como el de los cartageneros. Si no estamos a la cabeza de la Región e incluso a la altura de otras autonomías, es culpa de nuestra indolencia y de nuestra desidia, por más que le echemos la culpa a otros y nos hallemos dormidos en nuestros laureles.

Es hora ya de que Cartagena despierte de su letargo, que se enfrente con la realidad acuciante, que todos *metamos el hombro*, no solo los políticos, como si con nosotros no fuera el presente y futuro de la ciudad en que vivimos y, olvidándonos de rivalidades absurdas, exijamos la elaboración de un denso programa de desarrollo y puesta en marcha. ¡Y nos aprestemos a cumplirlo!

Dos hechos históricos: la batalla de Trafalgar, con el aniquilamiento de la Armada, y la primera República, con la insurrección cantonal, marcan la decadencia, la cuesta abajo de nuestra existencia como ciudad, que no terminamos de remontar, agravada con la tragedia de 1936 y la inestabilidad económica de la década actual.

Cartagena, trimilenaria, es una ciudad impresionante, pero carecemos de perseverancia, de tenacidad, de espíritu de superación. Sin embargo, atesoramos un sentimiento de espiritualidad, de solidaridad, de caridad, de liberalidad, que nos compensa y nos debe hacer reflexionar a todos para poder alcanzar un futuro mejor para nosotros y para nuestros hijos.

¡Cartagena será, lo que los cartageneros queramos que sea!





ero ... ¡mirad!. ¡Acercaos!

Se aproxima María, la que pescó Ros, la que trajo Irsino.

¡Silencio!. ¡Silencio!.

¡Que se oiga el tambor de la rampa de Santa María!

¡Que se oiga el suspiro en el pecho del buen cartagenero!

¡Que se oiga el estallar de lágrimas en los ojos del procesionista!

¡Que se oiga sobretodo, el latir de los corazones, porque todavía hay muchos corazones en Cartagena que tienen latidos para el sacrificio y para el amor!.

Un solo tambor, uno solo, en la rampa de Santa María de Gracia, es suficiente para que se forme la procesión y con ella se obre la eclosión trina de: ritmo, policromía y luminosidad. Porque las procesiones en Cartagena se distinguen precisamente por eso: orden espartano, color espectral y luz imponente.

Mas la Semana Santa en Cartagena es, con mucho, la de la Fe. Una fe, que manifestamos a nuestro modo, como todas nuestras cosas. Una fe que no es un código moral; una fé interiorizada que le es tan antigua como el mismo cristianismo, que entró a España por su puerto hace veinte siglos, de la mano del Apóstol Santiago.

La Semana Santa en Cartagena es, además, aromas de nardos y de camelias, de rosas y de claveles, de romero y de azahar, de incienso y de cera.

La Semana Santa en Cartagena es, además, sonidos de marchas como Jesús Preso y Mektub; Dolorosa y San Juan; Piedad y Triunfal; Descendimiento e In Memoriam; *Judíos* y Granaderos, por señalar algunas; de música de cartelas, de repiques de hachotes y de redobles de tambores.

La Semana Santa en Cartagena es, además, el eco de pregones y de saetas; de novenas y de sermones; de plegarias y de salves.

La Semana Santa en Cartagena es, además, ingenio y voluntad, tradición y constancia, belleza y estética.

La Semana Santa en Cartagena es, ¡tantas cosas!. Mas dejemos que todas ellas se vayan desgranando conforme aparezcan: Marrajos y Californios, Resucitados y del Socorro. Cartageneros todos, mostrando su alma, su forma de ser, su brillantez, su buen hacer...





oy, como cada día. ¡Cartagena!, me he asomado al mar que baña tu puerto, a esa mar de la civilización por antonomasia por donde tantas culturas llegaron a nuestro *pueblo*, y ella me ha traído el recuerdo de la gran pesquera de marrajos que posibilitó la creación de la primera cofradía cartagenera, en el siglo XVI; la que conocemos con el nombre de *Real e Ilustre Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno*.

Soís precisamente, vosotros marrajos, los que procesionáis por nuestras entrañables calles y plazas: el lunes, el viernes y el sábado santo.

A vosotros, austeros y sobrios hermanos, que poseéis la inmensa suerte de tener por titular al *Jesús* y por madre a la Virgen de la Soledad, os ha caído la responsabilidad de representar el día cumbre de la Pasión, el momento más trágico y a la vez más esperanzador para el cristiano. *¡Consumatum est!*

Los marrajos tenéis la mayor y mejor obras imaginera de Capuz, a cuya cabeza destaca el inmortal, el sinpar e irrepetible Descendimiento, que más parece tallado por manos de los ángeles. Además de contar con otras de Salzillo, Bussy, Efraín Gómez, Froxat, Coullaut Valera, González Moreno, Mengual.

Vuestra procesión del viernes santo se encuentra impregnada de una indudable y dramática grandeza como el perdón mismo que todos los cartageneros evocamos a su paso: *¡Padre, perdónales porque no saben lo que hacen!*. ¡Aprendamos todos, con vosotros marrajos, la hermosa y conmovedora lección del perdón y de la misericordia!

El fervor de esta cofradía les hace sacar además del sabatino *Vía Crucis*, otras dos procesiones singulares: la de las promesas de la Piedad; y, la del *Encuentro*, del viernes de madrugada. Si la primera es una multitudinaria eclosión de penitencia, la segunda lo es de compasión.

Más vuestra debilidad, marrajos, son las vírgenes y por eso nos mostráis cuatro preciosas, como los cuatro puntos cardinales de vuestra cofradía: bellísima Dolorosa, entrañable Piedad, conmovedora Soledad y Serena Soledad de los Pobres. ¡Cuatro faros que son vuestra luz y guía hacia Jesús Nazareno, vuestro entrañable titular!





oy, como cada día, ¡Cartagena!, he contemplado desde mi casa la Catedral Antigua y, en ella, la capilla restaurada del Cristo Moreno. Aquella que mandara erigir en el siglo XVII el Duque de Veragua, en acción de gracias por la curación de su hijo.

Treinta y tres hermanos, como los años de Cristo, o como los descendientes de Jacob, integran la humilde y bella procesión que esta madrugada ha serpenteado las calles antiguas de Cartagena en piadoso *Vía Crucis* para hacer estación y ser la primera en felicitar a nuestra patrona, la Virgen de la Caridad.

Es la *Real e Ilustrísima Cofradía del Cristo del Socorro*, noble por su origen, humilde por su regla, que mantiene y debe mantener su acendrado espíritu penitencial, sin otros aditamentos que los de la tradición.

Su imponente Cristo, salido de las manos del cartagenero Ardil padre, y su Virgen de la Soledad y del Consuelo, son refugio de muchos enfermos que en esta madrugada, por su intercesión, imploran el aire puro del día que comienza.

En este año, en el que se cumple el tricentenario de la cura milagrosa del hijo del Duque de Veragua, vuestro fundador, yo, el pregonero, hago fervientes votos, porque vuestra cofradía quede integrada definitivamente en la Junta de Cofradías de nuestra Semana Santa. ¡Que así sea!





oy, como cada día, ¡Cartagena!, he divisado desde la ciudad la sierra minera, tan evocadora de grandezas y pasados esplendurosos y me ha traído el recuerdo de otros mineros que en California, según la tradición, encontraron plata y oro y al volver a Cartagena engrandecieron y dieron nombre a una Cofradía nacida en el siglo XVIII y que actualmente lleva el nombre de *Pontificia, Real e Ilustre Cofradía de Nuestro Padre Jesús en el Paso del Prendimiento*.

Cofradía californiana, de rancio abolengo, que procesiona el viernes de Dolores; el domingo de Ramos, el martes, miércoles y jueves santos.

El *Prendimiento* su titular sale, junto a su madre la Virgen Dolorosa, en la noche mágica del miércoles. ¡No hay una procesión de mayor barroquismo y magnificencia!.

La gubia de Mariano Benlliure inspira la mayoría de sus imágenes, que se alternan con Salzillos fundacionales que todavía restan y se le añaden otros de Coullaut Valera, Sánchez Lozano y García Talens.

Vuestros tronos, típicamente cartageneros, de San Juan, Santiago, San Pedro y la Virgen, pirámides de luz y flor; y, esas dos joyas: los de la Oración del Huerto, y el del Prendimiento; son, creo, uno de los más claros y genuinos exponentes de la Semana Santa Cartagenera.

Yo os pido que meditéis conmigo a su paso y al de: la Cena, el Osculo, la Flagelación, la Coronación de Espinas, el Juicio de Jesús ... la infinita humildad y misericordia de Dios. ¡Diversos y terribles momentos del Justo encarnado, del Inocente condenado!.

Pero vuestro celo, californios, os hace *echar a la calle* otras procesiones muy distintas: la infantil y exultante cantera y forja de procesionistas que es la de la *Entrada de Jesús en Jerusalén*; la castrense, luminosa e increíble de los *traslados* del martes Santo; y, la grave y severa del *Silencio*, en la noche del jueves santo. Y todavía más: la hasta ahora peregrina de la Virgen del Rosario que, sin duda, pronto será una clásica como las demás, prólogo de la Semana Santa.

¡Californios hermanos! ¡Californios de mi corazón, no os puedo, ni os debo, decir más!. ¡Comprendedme!.





oy, como cada día, ¡Cartagena!, he visto el Roldán coronado de nubes, pero no de nubarrones amenazantes, sino de suaves nubes blancas, algodinosas y triunfales, como esas que lleváis en vuestros escudos, Resucitados, de la que emerge la Cruz Triunfante.

Marrajos y californios, y otros que no pertenecían a cofradía alguna crearon la de *Nuestro Padre Jesús Resucitado*, en este siglo para ser culminación esplendorosa de la Semana Santa Cartagenera.

Vuestro titular Jesús Resucitado, vuestra madre la Virgen del Amor Hermoso, de González Moreno, son un canto de esperanza, de alegría y de júbilo en la mañana del domingo de Resurrección, que alcanza su apoteosis, además de en la Salve de recogida, –fin y comienzo a su vez de la Semana Santa–, a su paso por calles tan vuestras como las de Canales, Parque y Serreta, o a su llegada, con el repique de campanas en las iglesias del Carmen o de la Caridad.

Las distintas apariciones de Jesús a la Magdalena, a los discípulos de Emaús, a Santo Tomás ... quedan plasmados por la gubia de Coullaut Valera, haciendo, –como con otros pasos–, que vuestra procesión sea una de las más densas y de las más interesantes de España, en el día de Gloria.

Mostrando materialmente al pueblo cartagenero la infinita dimensión del *Amor de Cristo*: un amor infinito en la potencia e infinito en el objeto.

¡Así sois vosotros, resucitados, nacidos del y para el Amor!





uatro cofradías hermanas y cuatro cofradías émulas!. ¡Cuatro caminos diferentes de buscar la perfección cristiana!. ¡Cuatro senderos, con fallos, con defectos y con errores, –por supuesto– , que pueden y deben llevarnos a Dios!.

Cuatro formas distintas –como nuestros cuatro hermanos santos: Leandro, Fulgencio, Isidoro y Florentina– de una misma devoción, de una forma de entender la Redención del Género Humano que hizo Jesús de su Pasión y Muerte.

Sin competencia, no sería realidad la continua superación de nuestras procesiones. Ya os he dicho otras veces, que si los californios sois espuela, vosotros marrajos sois bocado; y hoy puedo añadir, que si los resucitados sois vela, vosotros los del socorro sois remo, para que las procesiones, las procesiones de Cartagena, perduren y progresen.





Cartagena ¡escucha!, yo pregonó: que al conjuro del orden, de la luz y del color, se establece en nuestra ciudad una teoría de armonía y de ritmo; de colorido y de policromía; de luminosidad y religiosidad; que se funde en el enervante crisol de este pueblo levantino y trimilenario dando como resultado nuestra peculiar Semana Santa.







quí, ¡en Cartagena!, la *marcialidad* ha ido dando paso paulatinamente, al ritmo y a la armonía.

Al principio la marcha en procesión era, como en todos los pueblos de España, cansina, monótona, arrastrada. Poco a poco, la influencia de la disciplina militar fue impregnándolas hasta convertirlas en verdaderos y espectaculares desfiles.

Nuestro pueblo, ¡cartageneros!, tan identificado con lo castrense, que siglos ha tiene por compañero al tambor, —desde los de la VII Legión Gémina fundada en Carthago Nova hasta los del Tercio de Levante de nuestra actual Armada—, ha asimilado la virtud de la disciplina militar, haciéndola algo muy suyo y la ha traspasado a su manifestación más popular y tradicional: sus procesiones.

No hay en España otras procesiones más ordenadas y disciplinadas que las de Cartagena, en las que se arranque y se pare a una orden del estandarte, en las que penitente alguno se mueva estando en posición de parado, en las que no exista el descanso, en las que no se descomponga la fila, en las que no se cruce nadie, en las que se marche a un mismo paso, sereno, sin prisas ... elegante y largo.

Esto, que en otro ambiente podría resultar hierático, frío, calculado y hasta incomprensible, en nuestra tierra es: candoroso, acogedor, sublime y hasta electrizante. Y es, que lo natural es bello; y con este paso rítmico, entran en acción los rasos y terciopelos de las capas circulares que, balanceándose al andar, danzan como el ballet más angelical que puedas imaginar, sobre el escenario pétreo de nuestras calles y plazas, a los



sones de esa sinfonía encadenada que son nuestras propias marchas.

Así caminan nuestros tercios de capirotos: serios y austeros, simétricos y equilibrados, sencillos y rítmicos; pero, me vaís a permitir que pregone al forastero, al que nunca ha contemplado nuestra bendita locura que *para muestra baste un botón*, y si quiere ver lo que *vendrá después*, que presencie la castrense procesión de los traslados del Martes Santo, donde la apoteosis militar llega a su cénit, a los redobles de las gargantas cartageneras que gritan sin cesar: ¡Viva el Santiago! ¡Viva!, ¡Viva el San Juan! ¡Viva!, ¡Viva el San Pedro! ¡Viva!.

¡Cartagenero!. Seas marrajo o californio, resucitado o del socorro, si no vibras, si no te enardeces, si no te conmueves, con esto, pocas cosas te van a arrebatar, a apasionar.

Y, otros paradigmas. Si no era suficiente el espectáculo de la marcha uniformada, ahí tenemos dos variantes del elegante paso largo: el de la Agrupación de San Juan Marrajo, el de la de San Pedro, y algunas del Resucitado, entre otras.

Y, si no era suficiente, ahí tenemos los andares, –gallardos, alegres y majestuosos–, de nuestros portapasos, que mecen, bambolean y contornean nuestros tronos típicos, en un sueño de delirio y de grandeza que debería durar eternamente, y se funde con los del público que contempla la procesión.

El *Jesús*, las vírgenes californias, marrajas y del resucitado –majestuosos abanicos de oros y terciopelos en sus mantos–, la Verónica, la Piedad, los San Juanes, San Pedro, Santiago, y los tronos del Resucitado, sois todos la expresión genuina de nuestras raíces tradicionales, de lo que es y significa la virilidad, el donaire y el sacrificio; de lo que es y representa llevar un trono a hombros, e incluso –a veces– en equilibrados momentos, a pulso.

Y, si no era suficiente, ahí tenemos el desfile de los gastadores que escoltan los pasos y el de los piquetes militares que cierran nuestras procesiones, ejemplo de bazarra y marcialidad, ensueño de niños y entusiasmo de mayores, que provocan los aplausos más brillantes y emocionados al cambio de armas, en un espectáculo inenarrable de paroxismo colectivo.

¡Parece como si el cartagenero hubiese querido trasladar a sus procesiones, la marcialidad de sus guarniciones militares!.





quí, ¡en Cartagena!, las procesiones también son luz. Luz de Cristo es lo que significa el hachote encendido en manos del capirote, lo mismo que en la liturgia pascual el cirio con su llama, luz de la fe en la resurrección. Pero el fulgor de las procesiones nuestras no se puede comparar con las de otras de España. Aquí, la luz es lumbre, es fuego, es llama, que nos abrasa a cada paso de un trono; sobre todo de los típicos y piramidales *chopos* cartageneros, en los que el resplandor y el relumbrón puede llegar a ser cegador. Cartagena brilla como el sol, *vistiendo ropas esplendentes como la luz*, al decir de San Mateo.

Parece como si el mismo Dios hubiese mandado hacer la luz: *Fiat lux. Et facta est lux*, como en el primer día de la Creación en que las tinieblas quedaron disipadas. Solo el jueves santo, la procesión del *Silencio* serpentea en la oscuridad, con candelillas de cera y humo de velas, como lo ha hecho esta madrugada el Cristo del Socorro.

¡Cartageneros!. ¿Os habéis percatado bien de las distintas formas de luz que en las sombras proyectan *Ecce Homo*, Amor de San Juan, Cristo de los Mineros; de la penumbra amarillenta del Sepulcro, o del Santo Entierro; del claro de luna de la Oración en el Huerto. Toda una nueva sinfonía, esta vez de luminosidad, se da en nuestras procesiones.

Si de *Oriente viene la luz*, de Cartagena el resplandor de las procesiones de España. Inimaginable para un forastero el ascua de luz que es un trono cartagenero. Contemplantlo, asombrarse y ensimismarse constituye la triada feliz del escéptico, que sin verlo niega la plasticidad de la luz eléctrica, sustituyendo a la luz de cera. Sólo este milagro, es posible en Carta



gena, donde primero se cambiaron las luminarias por bombillas e incluso por quemadores de gas butano, como hizo la Agrupación de San Juan marrajo y que tan alba luminosidad da al tercio.

El ingenio del cartagenero queda también plasmado aquí, cuando los hachotes y tronos iban alimentados de la red general eléctrica por medio de cables que conferían otro espectáculo inimaginable, –por su autoctonismo y coordinación–, a nuestras procesiones y que al suprimirse, muchos pensaban que se acabaría con el orden y la marcialidad de las filas y aconteció todo lo contrario.

¡Aquí la luz se agolpa en etéreo oleaje!. ¡Aquí los forasteros quedan deslumbrados, cegados por esta epopeya de luz!. ¡Aquí nuestros tronos son embriaguez de aurora boreal y nuestros tercios luciérnagas equidistantes!.

¡Parece como si el cartagenero hubiese querido trasladar a sus procesiones la perenne luminosidad de sus días siempre refulgentes!.





quí, ¡en Cartagena!, las procesiones también son *color*. Morado y encarnado, negro y blanco. Es el lenguaje tradicional de cada cofradía. Dentro de ellas, un arco iris de colores componen la policromía de las múltiples agrupaciones, que lucen en sus vestuarios las gamas más dispares del espectro.

Mas el cromatismo se hace patente, no solo en capas y capuces, túnicas y fajines, sino también en las cartelas y suelo de los tronos, en los que la ornamentación floral da una nueva y exhuberante nota de color rayando en el delirio. Rosas y claveles, nardos y camelias, lirios y tulipanes, romero y baladre, olivo y palmera, limonero y pino, confieren a los tronos, además del perfume y fragancia a su paso, otra banda de tonalidades complementaria. ¡Jardines vivientes de diferentes y exóticas flores!

Y los innumerables matices, porque el cartagenero es hombre de matices y llega a distinguir dentro del color morado, del color de la pena, hasta tres: morado leonado, morado carminoso y morado cambur.

Y aprehende de sus minas toda la paleta de los ocre y tabaires, de los grises y los platas, de los piritas y los láguenas.

Tradicionalmente marrajos y del socorro han portado colores oscuros, de luto; mientras que californios y resucitados han utilizado tonalidades más variopintas.

La mayoría de nuestros tronos son lecciones de estética. El mundo vegetal y animal, con sus riquezas de flora y fauna, se dan cita en ellos: en relieves y capiteles, en volutas y pórticos, con múltiples representaciones simbólicas. Tronos de cartagenera plata como los de la Piedad, la Flagelación, o el Sepulcro. Tronos dorados a fuego como los de la Agonía, María Magdalena o la Cena. Tronos de noble madera como el de La Lanzada, y los del Resucitado. Tronos de cimbreantes palios como los de la Virgen del Amor Hermoso y la Virgen del Rosario.

En todos ellos se reflejan el color característico de cada agrupación, con sus emblemas bordados hasta la saciedad en estandartes, capas y fajines. Millares de hilos de plata y oro entretejen, en exhuberante cromatismo, la gran tela de araña procesional.

¡Parece como si el cartagenero hubiese querido trasladar a sus procesiones los mil matices de su cielo!.







as, en Cartagena, con ser el orden, la luz y el color, lo más representativo de lo autóctono, de lo vernáculo, no nos conformamos sin destacar la religiosidad –tan negada– de nuestras procesiones. Nuestras tradicionales raíces religiosas están bien a las claras, como nuestro cielo y nuestro mar.

¡Lo que hay es que verlas con los ojos del alma y de la cultura!

¿Qué simbolizan los flagelos que portan los penitentes en nuestras procesiones?. Simbolizan la disciplina de sangre al azotarse antiguamente.

¿Qué simbolizan los hachotes de nuestros capirotos?. Simbolizan la luz de Cristo,

¿No es religiosidad el rezo continuado, el canto de las salves y misiones, el cumplimiento pascual de las agrupaciones, sus novenas y misas conmemorativas?.

¿No es religiosidad los innumerables actos de piedad y de caridad que las agrupaciones hacen a lo largo del año?.

¿No es religiosidad el espectáculo todo de las procesiones por nuestras calles conmemorando la Pasión de Cristo?. Sobre todo hoy, cuando manifiestas groserías y acciones de pésimo gusto invaden espacios públicos, como la televisión. Las procesiones son –cuanto menos– espectáculos edificantes.

¿No es religiosidad lo que está haciendo, aquí y ahora, el pregonero, como nos ordena el texto sagrado de Adviento, alzando con fuerza la voz



—como heraldo de Jerusalén— anunciando que en nuestras procesiones está nuestro Dios *padeciendo, muriendo y resucitando?*

Empleémonos en nuestro San Isidoro, al que no me canso de citar por intelectual y por santo, y confortémonos con sus palabras al Señor:

Ven a nosotros y permanece en nosotros
Dignate penetrar en nuestro interior
Enseñanos lo que hemos de hacer
por donde debemos caminar
y muéstranos lo que debemos practicar.

No son, pues, nuestras procesiones una moda, porque no hay modas que duren cuatrocientos, trescientos o doscientos años.

No podemos quedarnos verdaderamente, cartageneros, en lo externo, en los signos externos de las cofradías. Tenemos todos que esforzarnos en una interiorización de nuestras creencias religiosas, en una mayor fraternidad y en una superación, no ya del que lleva más oro, más plata, sino más amor, más caridad, más fe, y más esperanza, en su corazón.

Sin embargo, ni podemos ni queremos, tampoco, renunciar a lo llamativo, a lo externo, porque sería tanto como querer acabar con el rito, con la liturgia, con las ceremonias, con las costumbres...

Encontremos a Dios y encaucemos, entre todos, este desmedido entusiasmo colectivo para que nuestra representación de la Pasión de Cristo, recibida en herencia de nuestros mayores —*y que es otra cosa*— sea la mejor de España en espiritualidad; y nosotros *las criaturas más humildes de la procesión*, como proponía Alberto Colao.

¡Y no haya más Castellares, ni más Nuñez de Arces que digan que Cartagena no es religiosa!.





asta aquí, los grandes rasgos de la Gran Semana Santa Cartagenera. Restan, qué duda cabe, múltiples facetas entrañables que también nos la definen; pero como la labor del pregonero es la de dar a conocer cosas que todos deben saber, es preciso señalar –aunque sólo sean enunciados– datos sencillos, pero tan íntimos que incluso procesionistas de cofradías distintas desconocen.

Tales son, verbigracia: el cabildo de las yemas; el arreglo, sólo por señoras, de la Virgen Dolorosa; la *llamada* marraja de la madrugada del viernes santo; el permiso de salida a Pedro Marina Cartagena desde el Arsenal; los personajes populares de las diversas cofradías; la musical y variada cristalería de las cartelas; las antiguas agrupaciones líricas de marrajos y californios; la zoología procesionil de nuestros tronos, como la ha denominado Francisco Mínguez; el rito de revestirse los capirotos y nazarenos, así como el de los cohetes anunciadores; los entresijos del Miserere y de la Salve Grande; los regalos de postales y caramelos; el bullicio callejero y el rumor del gentío; la peregrinación por los picos esquinas para tener mejores perspectivas; las entradas de los estandartes a pulso; entre tantos y tantos pequeños y grandes motivos procesionales, que van desde lo anecdótico hasta lo sublime.

Sin embargo, debemos convenir entre todos, que *judíos* y granaderos son también el símbolo de nuestras procesiones, el pregón viviente de las mismas, la emoción contenida a flor de piel, unos clásicos imprescindibles en nuestra Semana Santa.

¡Marejada de exóticos plumeros y de astracanados morriones!





o, ahora mismo, en este mediodía del Viernes de Dolores, tengo los ojos del alma y el recuerdo puesto en los ausentes, en los cartageneros de la diáspora, en estas buenas y sencillas gentes nuestras, que un día partieron de la tierra madre y que viven en estos momentos, en otras partes.

A ellos, a todos ellos, convoco –sin excepción alguna– a Cartagena, a su calle Mayor, el lugar de encuentro por antonomasia para revivir y recordar –todos juntos– hasta emocionarnos tiempos pasados, recreándonos y recordándonos, al sortilegio y conjuro de nuestra Semana Santa.

Yo, que he permanecido fuera, se lo que es, en estos días, *vivir sin vivir en mí*, con el pensamiento y el corazón puestos en una tierra que si no es el *súmmum*, por lo menos, ¡es la nuestra!. A todos ellos, el pregonero convoca, –que no invita, por que nadie es convidado en su casa–, a escaparse unos días a su Cartagena, a la Cartagena que celebró la primera procesión de España en los albores del cristianismo, con el desembarco de Santiago en las playas de Santa Lucía.

¡Venid, que también nosotros necesitamos, vuestro aliento, vuestro entusiasmo y vuestra crítica!.

¡Y también llamo a los forasteros, a nuestros hermanos de las diecisiete comunidades que forman nuestra España indisoluble, a vivir la Pasión de Cristo con nosotros, a nuestro modo!.





vos, Nazarena Mayor, que lleváis el nombre de nuestras mujeres, de nuestras madres y de nuestras hijas, en honor de la Virgen de la Caridad; que tenéis por cuna la misma tierra que Florentina la abadesa; y que este año nos honráis con vuestra presencia, con vuestro entusiasmo procesional y con vuestro atesorado cartagenerismo, forjado en el yunque de vuestra hermosa familia; vos representáis, en esta Semana Santa, los anhelos, la alegría y la belleza de la mujer cartagenera y procesionista.

Hoy sabéis, señora, que sobre la fe y el amor, se incubó nuestra nacionalidad y se apoyó siempre nuestra historia. Solo sobre ella se cimentará, sólido nuestro futuro y el de nuestros hijos, a los que debéis transmitir, —conservándolo y enriqueciéndolo—, el legado de esta tradición tan nuestra, como es la celebración de la Semana Santa, sin complejos ni prejuicios.

Hoy, con vuestra elección, nos encontramos alborazados porque —como dice Salomón en sus Proverbios— *quién encuentra una mujer buena, encuentra el bien por excelencia y recibe del Señor una fuente de alegría*; y eso es lo que hemos sentido todos los procesionistas con vuestra designación: una inmensa alegría.

Lleváis, Nazarena Mayor, en vuestra cara y en vuestro porte, la belleza y la serenidad de nuestras vírgenes pasionarias y, como buena esposa, como buena madre y como buena hija, os invito a que me acompañéis —Nazarena y Pregonero juntos— a presenciar y a tomar parte en el rito más extraordinario de nuestra Semana de Pasión, la apoteosis final: la recogida de nuestras vírgenes y el canto de su salve. Canto de la salve *amorosamente*, como decía el pregonero precedente Angel Joaquín García Bravo, en su poético y extraordinario PREGON, y cuya recomendación ha permanecido flotando en nuestro aire todo el año.





alve!. ¡Virgen del Socorro y del Consuelo!. ¡Estrella y flor!.

¡Salve!. ¡Virgenes Californias del Rosario, del Primer Dolor, de La Esperanza!. ¡Albahaca y nácar, aguamarina y nardos!.

¡Salve!. ¡Virgenes Marrajas de La Piedad, Dolorosa, Soledad, y Soledad de los Pobres!. ¡Azucena y marfil, alboradas y luceros!.

¡Salve!. ¡Virgen Resucitada del Amor Hermoso!. ¡Sol y cielo!.

Virgenes sumisas y silenciosas, que soís, alfa y omega de la Pasión, Muerte, y Resurrección de Cristo. Vueltas vuestras caras hacia nosotros, os recogéis –en el pórtico de Santa María de Gracia– llevadas en volandas por la mayor manifestación de fervor que se puede dar en un *pueblo*.

¡Aquí estamos, Madre, los cartageneros!. Con el corazón estremecido y el alma a flor de piel, en el momento más afectivo, en el momento más apasionado de nuestra Semana Santa, a veros recoger y a recogeros, con el aire fresco de la madrugada en vuestras caras, y a cantaros –transmutados– la salve popular, que se convierte en nuestros labios en súplica y en requiebro a la Madre de Dios, a nuestra Madre Santísima de la Caridad, bajo nonas advocaciones.

Y ya con las gargantas anudadas por la emoción, gritar: ¡Viva la Virgen!, como eclosión forzosa e irremediable de mil sentimientos, que de nuestra alma saltan al aire sereno de los días penitenciales.

¡He aquí, la suntuosidad material unida a la suntuosidad espiritual!.





al pregonero, con la voz rota y con el corazón henchido, aún le quedan fuerzas para la despedida...

¡... Y le he dicho a nuestro mar desde el Galeras, Hermano Mayor Marrajo, que le ponga –esta mañana– música a su oleaje!. ¡A nuestro oleaje de Fe!

¡... Y le he dicho a nuestros vientos desde el San Julián, Hermano Mayor Californio, que nos traiga –esta mañana– fragancias de Esperanza!

¡... Y le he dicho a nuestro cielo desde el Roldán, Hermano Mayor del Resucitado, que se abra –esta mañana– y derrame sobre nosotros la gracia de la Caridad!

Fe, Esperanza y Caridad, las tres virtudes teologales que los cartagenos cultivamos incesantemente durante nuestra Semana Santa, pórtico este año de una anticipada primavera, con los almendros en flores rosadas y nazarenas.

Conservando las viejas tradiciones, poniéndolas al paso del nuevo ritmo creador, alentando el espíritu que brota en nosotros –en nuestras familias y en nuestras calles–, como fuente de vida, siempre –de esta manera– habrá procesiones en Cartagena.

He hablado –como dijo San Pablo– porque he creído.

Muchas gracias



INDICE

	Página
Exordio	5
Viernes de Dolores	7
El pregón	9
El tema	11
El cartagenero y su personalidad	13
Miércoles de Ceniza	15
La eterna Cartagena	16
La Semana Santa es...	19
Marrajos	20
Socorro	21
Californios	22
Resucitados	23
Cuatro cofradías, cuatro	24
Sinfonía en tres tiempos...	25
Orden	27
Luz	29
Color	31
Y otras cosas	33
La religiosidad	35
Cartageneros de la diáspora	36
Nazarena Mayor	37
La apoteosis de las salves	38
Los hermanos mayores en la despedida	39





CAM CULTURAL

